



G. K. Chesterton

La Cruz Azul

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CRUZ AZUL

G. K. CHESTERTON

**PUBLICADO: 1910
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Entre la cinta plateada de la mañana y la cinta verde brillante del mar, el barco tocó Harwich y soltó un enjambre de gente como moscas, entre las cuales el hombre que debíamos seguir no era en absoluto llamativo, ni quería serlo. No había nada destacable en él, salvo un ligero contraste entre la alegría festiva de su ropa y la seriedad oficial de su rostro. Sus ropas incluían una ligera chaqueta gris pálida, un chaleco blanco y un sombrero de teja plateado con una cinta azul grisácea. Su delgado rostro era oscuro por contraste, y terminaba en una poblada barba negra que parecía española y que sugería una gola isabelina. Fumaba un cigarrillo con la seriedad de un ocioso. No había nada en él que indicara que la chaqueta gris encubría un revólver cargado, que el chaleco blanco encubría una tarjeta de policía o que el sombrero de teja encubría una de las inteligencias más poderosas de Europa. Porque se trataba del mismísimo Valentin, el jefe de la policía de París y el investigador más famoso del mundo; y venía de Bruselas a Londres para realizar la mayor detención del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido la pista del gran criminal, por fin, de Gante a Bruselas, de Bruselas al Gancho de Holanda; y se conjeturaba que aprovecharía el desconocimiento y la confusión del Congreso Eucarístico, que se celebraba entonces en Londres. Probablemente viajaría como algún empleado o secretario menor relacionado con él; pero, por supuesto, Valentin no podía estar seguro; nadie podía estar seguro sobre Flambeau.

Hace ya muchos años que este coloso del crimen cesó repentinamente, manteniendo al mundo en vilo; y cuando cesó, como decían después de la muerte de Roldán, hubo una gran tranquilidad sobre la tierra. Pero en sus mejores días (me refiero, por supuesto, a los peores) Flambeau era una figura tan escultural e internacional como el Kaiser. Casi todas las mañanas el periódico anunciaba que había escapado de las consecuencias de un crimen extraordinario cometiendo otro. Era un gascón de estatura gigantesca y de gran audacia corporal; y se contaban las historias más disparatadas de sus arrebatos de humor atlético; de cómo puso patas arriba al juez de instrucción y lo puso de cabeza, "para aclarar su mente"; de cómo corrió por la calle de Rivoli con un policía bajo cada brazo. Hay que decir que su fantástica fuerza física se empleaba generalmente en esas escenas incruentas aunque indignas; sus verdaderos crímenes eran sobre todo los de los robos ingeniosos y al por mayor. Pero cada uno de sus robos era casi un nuevo pecado, y

daría para una historia por sí mismo. Fue él quien dirigió la gran Compañía Lechera Tirolesa en Londres, sin lecherías, sin vacas, sin carros, sin leche, pero con unos mil suscriptores. Los atendía mediante la sencilla operación de trasladar las pequeñas latas de leche fuera de las puertas de la gente a las puertas de sus propios clientes. Fue él quien mantuvo una inexplicable y estrecha correspondencia con una joven cuya cartera entera fue interceptada, mediante el extraordinario truco de fotografiar sus mensajes en tamaño infinitesimal en las diapositivas de un microscopio. Sin embargo, muchos de sus experimentos se caracterizaban por una gran sencillez. Se dice que una vez repintó todos los números de una calle en plena noche sólo para hacer caer a un viajero en una trampa. Se sabe que inventó un buzón portátil que colocaba en las esquinas de los barrios más tranquilos para que los desconocidos depositaran en él sus giros postales. Por último, era conocido por ser un acróbata sorprendente; a pesar de su enorme figura, podía saltar como un saltamontes y fundirse en las copas de los árboles como un mono. Por eso, el gran Valentin, cuando se puso a buscar a Flambeau, era perfectamente consciente de que sus aventuras no terminarían cuando lo encontrara.

¿Pero cómo iba a encontrarlo? Las ideas del gran Valentin estaban aún en proceso de resolución.

Había una cosa que Flambeau, con toda su destreza de disfraz, no podía cubrir, y era su singular altura. Si el rápido ojo de Valentin hubiera captado a una manzanera alta, a un granadero alto o incluso a una duquesa bastante alta, podría haberlos detenido en el acto. Pero a lo largo de su tren no había nadie que pudiera ser un Flambeau disfrazado, como tampoco un gato podía ser una jirafa disfrazada. Sobre la gente del barco ya se había dado por satisfecho; y las personas recogidas en Harwich o en el viaje se limitaban con seguridad a seis. Había un funcionario de ferrocarril de baja estatura que viajaba hasta la terminal, tres hortelanos bastante bajos recogidos dos estaciones después, una señora viuda muy baja que subía desde un pequeño pueblo de Essex, y un sacerdote católico romano muy bajo que subía desde un pequeño pueblo de Essex. Cuando llegó el último caso, Valentin se dio por vencido y casi se rió. El pequeño sacerdote era la esencia de esos pisos del Este; tenía una cara tan redonda y apagada como una bola de masa de Norfolk; tenía los ojos tan vacíos como el Mar del Norte; tenía varios paquetes de papel de estraza, que era bastante incapaz de recoger. Sin duda, el Congreso Eucarístico había sacado de su estancamiento local a muchas

criaturas de este tipo, ciegas e indefensas, como topos desenterrados. Valentin era un escéptico al estilo severo de Francia, y no podía sentir amor por los sacerdotes. Pero sí podía sentir compasión por ellos, y éste podría haber provocado la compasión de cualquiera. Tenía un paraguas grande y raído, que se le caía constantemente al suelo. No parecía saber cuál era el extremo correcto de su billete de vuelta. Explicaba con una sencillez de becerro de luna a todos los que iban en el vagón que tenía que tener cuidado, porque tenía algo de plata auténtica "con piedras azules" en uno de sus paquetes de papel marrón. Su pintoresca mezcla de llaneza de Essex con santa sencillez divirtió continuamente al francés hasta que el cura llegó (de alguna manera) a Tottenham con todos sus paquetes, y volvió a por su paraguas. Cuando hizo esto último, Valentin tuvo incluso el buen tino de advertirle que no se ocupara de la plata contándosela a todo el mundo. Pero con quienquiera que hablara, Valentin mantenía el ojo abierto por si había alguien más; buscaba con firmeza a cualquier persona, rica o pobre, hombre o mujer, que midiera bien el metro ochenta; pues Flambeau lo superaba en diez centímetros.

Sin embargo, se apeó en Liverpool Street, muy concienzudamente seguro de no haber pasado por alto al criminal hasta el momento. Luego se dirigió a Scotland Yard para regularizar su situación y disponer de ayuda en caso de necesidad; después encendió otro cigarrillo y se fue a dar un largo paseo por las calles de Londres. Mientras caminaba por las calles y plazas más allá de Victoria, se detuvo de repente y se paró. Era una plaza pintoresca y tranquila, muy típica de Londres, llena de una quietud accidental. Las altas y planas casas que la rodeaban parecían a la vez prósperas y deshabitadas; el cuadrado de arbustos del centro parecía tan desierto como un verde islote del Pacífico. Uno de los cuatro lados era mucho más alto que el resto, como una tarima; y la línea de este lado estaba interrumpida por uno de los admirables accidentes de Londres: un restaurante que parecía haber salido del Soho. Era un edificio irrazonablemente atractivo, con plantas enanas en macetas y largas persianas a rayas de color amarillo limón y blanco. Se alzaba especialmente por encima de la calle y, a la manera habitual de Londres, un tramo de escaleras desde la calle llegaba hasta la puerta principal casi como una escalera de incendios podría llegar hasta la ventana de un primer piso. Valentin se paró y fumó frente a las persianas blancas y amarillas y las contempló detenidamente.

Lo más increíble de los milagros es que ocurren. Unas cuantas nubes en el cielo se unen en la forma de un ojo humano. Un árbol se levanta en el paisaje de un viaje dudoso con la forma exacta y elaborada de una nota de interrogación. Yo mismo he visto ambas cosas en los últimos días. Nelson muere en el instante de la victoria; y un hombre llamado Williams asesina accidentalmente a un hombre llamado Williamson; parece una especie de infanticidio. En resumen, hay en la vida un elemento de coincidencia mágica que la gente que cuenta con lo prosaico puede pasar por alto perpetuamente. Como ha sido bien expresado en la paradoja de Poe, la sabiduría debe contar con lo imprevisto.

Aristide Valentin era insondablemente francés; y la inteligencia francesa es especial y exclusivamente inteligencia. No era "una máquina de pensar", pues esa es una frase descerebrada del fatalismo y el materialismo modernos. Una máquina sólo es una máquina porque no puede pensar. Pero él era un hombre pensante, y un hombre sencillo al mismo tiempo. Todos sus maravillosos éxitos, que parecían prestidigitación, los había obtenido con una lógica laboriosa, con un pensamiento francés claro y corriente. Los franceses electrizan el mundo no iniciando ninguna paradoja, lo electrizan llevando a cabo una perogrullada. Llevan una perogrullada tan lejos como en la Revolución Francesa. Pero precisamente porque Valentin entendía la razón, entendía los límites de la razón. Sólo un hombre que no sabe nada de motores habla de automoción sin gasolina; sólo un hombre que no sabe nada de razón habla de razonamiento sin primeros principios fuertes e indiscutibles. En este caso, no tenía principios básicos sólidos. Flambeau se había perdido en Harwich; y si estaba en Londres, podía ser cualquier cosa, desde un alto vagabundo en Wimbledon Common hasta un alto maestro de ceremonias en el Hôtel Métropole. En tal estado de ignorancia, Valentin tenía una visión y un método propios.

En estos casos, contaba con lo imprevisto. En tales casos, cuando no podía seguir el tren de lo razonable, seguía fría y cuidadosamente el tren de lo irrazonable. En lugar de ir a los lugares correctos -bancos, comisarías de policía, lugares de encuentro-, iba sistemáticamente a los lugares equivocados; llamaba a todas las casas vacías, daba la vuelta a todos los callejones sin salida, subía a todas las calles obstruidas por la basura, daba la vuelta a todas las medialunas que le desviaban inútilmente del camino. Defendió esta locura con bastante lógica. Decía que si uno tenía una pista era el peor

camino; pero si no tenía ninguna pista era el mejor, porque existía la posibilidad de que cualquier rareza que llamara la atención del perseguidor fuera la misma que había llamado la atención del perseguido. En algún lugar debe comenzar un hombre, y más vale que sea justo donde otro hombre podría detenerse. Algo en aquella escalinata que subía a la tienda, algo en la tranquilidad y el pintoresquismo del restaurante, despertó toda la rara fantasía romántica del detective y le hizo decidirse a atacar al azar. Subió los escalones y, sentándose en una mesa junto a la ventana, pidió una taza de café negro.

Era la mitad de la mañana y no había desayunado; la leve camada de otros desayunos estaba sobre la mesa para recordarle su hambre; y añadiendo un huevo escalfado a su pedido, procedió musitando un poco de azúcar blanco en su café, pensando todo el tiempo en Flambeau. Recordó cómo Flambeau había escapado, una vez por unas tijeras de uñas, y otra por una casa en llamas; una vez por tener que pagar una carta sin sello, y otra por hacer que la gente mirara por un telescopio un cometa que podría destruir el mundo. Pensaba que su cerebro de detective era tan bueno como el del criminal, lo cual era cierto. Pero se daba cuenta de la desventaja. "El criminal es el artista creador; el detective sólo el crítico", dijo con una sonrisa amarga, y se llevó la taza de café a los labios lentamente, y la dejó rápidamente. Le había echado sal.

Miró el recipiente del que había salido el polvo plateado; era, sin duda, un azucarero; tan inequívocamente destinado al azúcar como una botella de champán al champán. Se preguntó por qué guardarían sal en él. Miró para ver si había más recipientes ortodoxos. Sí, había dos saleros bastante llenos. Tal vez había alguna especialidad en el condimento de los saleros. Lo probó; era azúcar. Luego miró alrededor del restaurante con un refrescante aire de interés, para ver si había algún otro rastro de ese singular gusto artístico que pone el azúcar en los saleros y la sal en el azucarero. Salvo una extraña salpicadura de algún líquido oscuro en una de las paredes empapeladas de blanco, todo el local parecía limpio, alegre y ordinario. Tocó el timbre para llamar al camarero.

Cuando este funcionario se apresuró a llegar, con el pelo revuelto y los ojos un poco apagados a esa hora tan temprana, el detective (que no carecía de aprecio por las formas más sencillas de humor) le pidió que probara el

azúcar y comprobara si estaba a la altura de la gran reputación del hotel. El resultado fue que el camarero bostezó de repente y se despertó.

"¿Le gusta esta delicada broma a sus clientes todas las mañanas?", preguntó Valentin. "¿Acaso cambiar la sal y el azúcar nunca le parece una broma?".

El camarero, cuando esta ironía se aclaró, le aseguró tartamudeando que el establecimiento no tenía ciertamente tal intención; debía tratarse de un error muy curioso. Cogió el azucarero y lo miró; cogió el salero y lo miró, con un rostro cada vez más desconcertado. Al final se excusó bruscamente y, alejándose a toda prisa, volvió a los pocos segundos con el propietario. El propietario también examinó el azucarero y luego el salero; el propietario también parecía desconcertado.

De repente, el camarero pareció volverse inarticulado con una avalancha de palabras.

"Creo", tartamudeó con entusiasmo, "creo que son esos dos clérigos".

"¿Qué dos clérigos?"

"Los dos clérigos", dijo el camarero, "que tiraron la sopa a la pared".

"¿Tiraron la sopa a la pared?", repitió Valentin, seguro de que debía tratarse de una singular metáfora italiana.

"Sí, sí", dijo el camarero con entusiasmo, y señaló la oscura salpicadura sobre el papel blanco; "la tiró allí, en la pared".

Valentin dirigió su consulta al propietario, que acudió a su rescate con informes más completos.

"Sí, señor", dijo, "es muy cierto, aunque supongo que no tiene nada que ver con el azúcar y la sal. Dos clérigos vinieron a tomar sopa aquí muy temprano, en cuanto se bajaron las persianas. Los dos eran personas muy tranquilas y respetables; uno de ellos pagó la cuenta y salió; el otro, que parecía un entrenador más lento en general, estuvo algunos minutos más recogiendo sus cosas. Pero al final se fue. Sólo que, en el instante antes de salir a la calle, recogió deliberadamente su taza, que sólo había vaciado a medias, y tiró la sopa a la pared. Yo mismo estaba en la trastienda, y también el camarero; así que sólo pude salir corriendo a tiempo para encontrar la pared salpicada y la tienda vacía. No causó ningún daño en particular, pero fue un descaro

confuso; y traté de alcanzar a los hombres en la calle. Sin embargo, estaban demasiado lejos; sólo me di cuenta de que habían doblado la siguiente esquina hacia la calle Carstairs".

El detective se puso en pie, con el sombrero colocado y el bastón en la mano. Ya había decidido que en la oscuridad universal de su mente sólo podía seguir el primer dedo extraño que señalara; y este dedo era bastante extraño. Pagando su cuenta y cerrando las puertas de cristal tras de sí, no tardó en dar la vuelta a la otra calle.

Fue una suerte que, incluso en esos momentos de euforia, su vista fuera fría y rápida. Algo en la fachada de una tienda pasó por delante de él como un simple destello; sin embargo, volvió a mirarlo. La tienda era una popular verdulería y frutería, con una serie de productos expuestos al aire libre y claramente marcados con sus nombres y precios. En los dos compartimentos más destacados había dos montones, de naranjas y de nueces respectivamente. Sobre el montón de nueces había un trozo de cartón, en el que estaba escrito con tiza azul y en negrita: "Las mejores naranjas de mandarina, dos por céntimo". Sobre las naranjas estaba la descripción igualmente clara y exacta: "Las mejores nueces de Brasil, 4d. la libra". El Sr. Valentin miró estos dos carteles y le pareció que ya se había encontrado con esta forma de humor tan sutil, y además recientemente. Llamó la atención del frutero, que miraba con cierta hosquedad de un lado a otro de la calle, sobre la inexactitud de sus anuncios. El frutero no dijo nada, sino que colocó bruscamente cada tarjeta en su sitio. El detective, apoyado elegantemente en su bastón, continuó examinando la tienda. Por fin dijo: "Le ruego que disculpe mi aparente irrelevancia, mi buen señor, pero me gustaría hacerle una pregunta sobre psicología experimental y asociación de ideas".

El tendero de cara rojiza lo miró con ojos de amenaza; pero continuó alegremente, balanceando su bastón: "¿Por qué", prosiguió, "por qué dos carteles están mal colocados en una frutería como un sombrero de pala que ha venido a Londres de vacaciones? O, en caso de que no me aclare, ¿cuál es la asociación mística que conecta la idea de las nueces marcadas como naranjas con la de dos clérigos, uno alto y otro bajo?"

Los ojos del comerciante se le salieron de las órbitas como los de un caracol; por un instante pareció realmente que iba a lanzarse sobre el desconocido. Al final tartamudeó con rabia: "No sé qué tiene usted que ver con esto,

pero si es usted uno de sus amigos, puede decirles de mi parte que les arrancaré sus estúpidas cabezas, clérigos o no, si vuelven a perturbar mis manzanas".

"¿De verdad?" preguntó el detective, con gran simpatía. "¿Acaso han alterado sus manzanas?"

"Uno de ellos lo hizo", dijo el acalorado comerciante; "las hizo rodar por toda la calle. Habría atrapado al tonto de no ser porque tuve que recogerlas".

"¿Por dónde se fueron esos clérigos?", preguntó Valentin.

"Por la segunda calle, a la izquierda, y luego por la plaza", dijo el otro con prontitud.

"Gracias", respondió Valentin, y desapareció como un hada. Al otro lado de la segunda plaza encontró a un policía, y le dijo: "Esto es urgente, agente; ¿ha visto a dos clérigos con sombreros de teja?"

El policía comenzó a reírse con fuerza. "Sí, señor; y si me lo permite, uno de ellos estaba borracho. Se paró en medio de la carretera que desconcertó a ese..."

"¿Por dónde se fueron?", espetó Valentin.

"Tomaron uno de esos autobuses amarillos de allí", respondió el hombre; "los que van a Hampstead".

Valentin sacó su tarjeta oficial y dijo muy rápidamente: "Llame a dos de sus hombres para que me acompañen en la persecución", y cruzó la calle con una energía tan contagiosa que el pesado policía se vio movido a una obediencia casi tan ágil. En un minuto y medio, el detective francés se vio acompañado en la acera de enfrente por un inspector y un hombre de paisano.

"Bien, señor", comenzó el primero, con sonriente importancia, "¿y qué puede...?".

Valentin señaló de repente con su bastón. "Se lo diré en la parte superior de ese ómnibus", dijo, y se lanzó y esquivó a través de la maraña del tráfico. Cuando los tres se hundieron jadeantes en los asientos superiores del

vehículo amarillo, el inspector dijo: "Podríamos ir cuatro veces más rápido en un taxi".

"Muy cierto", contestó su líder plácidamente, "si tuviéramos una idea de a dónde vamos".

"Bueno, ¿a dónde vamos?", preguntó el otro, con la mirada fija.

Valentin fumó con el ceño fruncido durante unos segundos; luego, quitándose el cigarrillo, dijo: "Si sabes lo que hace un hombre, ponte delante de él; pero si quieres adivinar lo que hace, mantente detrás de él. Desvíate cuando él se desvíe; detente cuando él se detenga; viaja tan despacio como él. Entonces podrás ver lo que él vio y podrás actuar como él actuó. Todo lo que podemos hacer es mantener los ojos bien abiertos por si hay algo raro".

"¿A qué clase de fenómeno se refiere?", preguntó el inspector.

"A cualquier cosa extraña", respondió Valentin, y se sumió en un obstinado silencio.

El ómnibus amarillo se arrastró por las carreteras del norte durante lo que parecieron horas y horas; el gran detective no quiso dar más explicaciones, y quizás sus ayudantes sintieron una silenciosa y creciente duda sobre su cometido. Tal vez, también, sintieron un silencioso y creciente deseo de almorzar, porque las horas se arrastraban mucho más allá de la hora normal del almuerzo, y las largas carreteras de los suburbios del norte de Londres parecían dispararse longitud tras longitud como un telescopio infernal. Era uno de esos viajes en los que un hombre siente perpetuamente que debe haber llegado al final del universo, y luego descubre que sólo ha llegado al principio de Tufnell Park. Londres se extinguió en tabernas y matorrales lúgubres, y luego, inexplicablemente, volvió a nacer en las calles altas y en los hoteles. Era como pasar a través de trece ciudades vulgares separadas, todas tocándose entre sí. Pero a pesar de que el crepúsculo invernal amenazaba ya la carretera que tenían por delante, el detective parisino seguía sentado en silencio y vigilante, observando la fachada de las calles que se deslizaban a ambos lados. Para cuando dejaron atrás Camden Town, los policías estaban casi dormidos; al menos, dieron algo parecido a un respingo cuando Valentin se levantó de un salto, golpeó con una mano en el hombro de cada hombre y gritó al conductor que se detuviera.

Bajaron los peldaños hasta la carretera sin darse cuenta de por qué se habían descolgado; cuando miraron a su alrededor en busca de luz, encontraron a Valentin señalando triunfalmente con el dedo una ventana situada en el lado izquierdo de la carretera. Era un gran escaparate, que formaba parte de la larga fachada de un dorado y palaciego bar; era la parte reservada a las cenas respetables, y llevaba el rótulo de "Restaurante". Este escaparate, como todos los demás a lo largo de la fachada del hotel, era de vidrio esmerilado y figurado; pero en medio de él había un gran golpe negro, como una estrella en el hielo.

"Nuestra pista por fin", gritó Valentin, agitando su bastón; "el lugar con la ventana rota".

"¿Qué ventana? ¿Qué pista?", preguntó su ayudante principal. "¿Por qué, qué prueba hay de que esto tenga algo que ver con ellos?"

Valentin casi rompió su vara de bambú de la rabia.

"¡Pruebas!", gritó. "¡Dios mío! ¡El hombre está buscando pruebas! Por supuesto, las probabilidades de que no tenga nada que ver con ellos son de veinte a una. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer? ¿No ves que debemos seguir una posibilidad descabellada o bien irnos a casa a dormir?" Entró a golpes en el restaurante, seguido por sus compañeros, y pronto estuvieron sentados en un almuerzo tardío en una mesita, y observaron la estrella de cristales rotos del interior. No es que fuera muy informativo para ellos incluso entonces.

"Veo que le han roto la ventana", dijo Valentin al camarero mientras pagaba la cuenta.

"Sí, señor", respondió el camarero, inclinándose afanosamente sobre el cambio, al que Valentin añadió silenciosamente una enorme propina. El camarero se enderezó con suave pero inconfundible animación.

"Ah, sí, señor", dijo. "Algo muy extraño, eso, señor".

"¿De verdad?" Cuéntenoslo", dijo el detective con descuidada curiosidad.

"Bueno, entraron dos señores de negro", dijo el camarero; "dos de esos párrocos extranjeros que andan por ahí. Tomaron un pequeño almuerzo barato y tranquilo, y uno de ellos lo pagó y salió. El otro iba a salir para unirse a él cuando volví a mirar mi cambio y descubrí que me había pagado más

de tres veces de más. "Toma", le dije al tipo que estaba a punto de salir por la puerta, "has pagado demasiado". Sí", le dije, y cogí la factura para enseñársela. Bueno, eso fue un golpe de efecto".

"¿Qué quieres decir?", preguntó su interlocutor.

"Bueno, habría jurado sobre siete biblias que había puesto 4s. en ese billete. Pero ahora he visto que había puesto 14s., tan claro como la nieve".

"¿Y bien?", gritó Valentin, moviéndose lentamente, pero con ojos ardientes, "¿y entonces?"

"El párroco, en la puerta, dice todo sereno: 'Siento confundir sus cuentas, pero esto pagará la ventana'. '¿Qué ventana?' Le digo. 'La que voy a romper', dice, y rompió el dichoso cristal con su paraguas".

Los tres preguntones lanzaron una exclamación; y el inspector dijo en voz baja: "¿Estamos tras unos locos fugitivos?". El camarero continuó con cierto gusto la ridícula historia:

"Me quedé tan sorprendido por un segundo que no pude hacer nada. El hombre salió del local y se reunió con su amigo a la vuelta de la esquina. Luego subieron tan rápido por la calle Bullock que no pude alcanzarlos, aunque corrí alrededor de los barrotes para hacerlo".

"Bullock Street", dijo el detective, y subió por esa vía tan rápidamente como la extraña pareja a la que perseguía.

Su viaje los llevó ahora a través de caminos de ladrillos desnudos como túneles; calles con pocas luces e incluso con pocas ventanas; calles que parecían construidas con las espaldas vacías de todo y de todos. El crepúsculo era cada vez más profundo, y ni siquiera los policías londinenses podían adivinar la dirección exacta en la que se encontraban. El inspector, sin embargo, estaba bastante seguro de que acabarían llegando a alguna parte de Hampstead Heath. De repente, una abultada ventana iluminada por gas rompió el crepúsculo azul como una linterna de ojo de buey, y Valentin se detuvo un instante ante una pequeña y chillona tienda de dulces. Tras un instante de vacilación, entró; se paró entre los llamativos colores de la confitería con total gravedad y compró trece cigarrillos de chocolate con cierto cuidado. Era evidente que estaba preparando una oportunidad, pero no la necesitaba.

Una joven angulosa y de edad avanzada que se encontraba en la tienda había contemplado su elegante aspecto con una curiosidad meramente automática; pero cuando vio la puerta detrás de él bloqueada con el uniforme azul del inspector, sus ojos parecieron despertarse.

"Oh", dijo, "si ha venido por ese paquete, ya lo he enviado".

"¿Paquete?", repitió Valentin; y le tocó mirar inquisitivamente.

"Me refiero al paquete que dejó el caballero, el caballero clérigo".

"Por el amor de Dios", dijo Valentin, inclinándose hacia delante con su primera confesión real de impaciencia, "por el amor de Dios, dínos qué pasó exactamente".

"Bueno", dijo la mujer un poco dudosa, "los clérigos vinieron hace una media hora y compraron unos caramelos de menta y hablaron un poco, y luego se fueron hacia Heath. Pero un segundo después, uno de ellos volvió corriendo a la tienda y dijo: "¿He dejado un paquete?". Bueno, miré por todas partes y no pude ver ninguno; así que me dijo: "No importa; pero si aparece, por favor, envíalo a esta dirección", y me dejó la dirección y un chelín por las molestias. Y efectivamente, aunque pensé que había buscado por todas partes, encontré que había dejado un paquete de papel marrón, así que lo envié al lugar que me dijo. Ahora no recuerdo la dirección; era en algún lugar de Westminster. Pero como la cosa parecía tan importante, pensé que tal vez la policía se había enterado".

"Así que lo han hecho", dijo Valentin brevemente. "¿Está Hampstead Heath cerca de aquí?"

"Sigue recto durante quince minutos", dijo la mujer, "y saldrás al descubierto". Valentin salió de la tienda y comenzó a correr. Los otros detectives le siguieron al trote.

La calle que enfilaron era tan estrecha y estaba tan cerrada por las sombras que cuando salieron inesperadamente al vacío común y al vasto cielo se sobresaltaron al encontrar la tarde todavía tan clara y luminosa. Una cúpula perfecta de color verde pavo real se hundía en el oro entre los árboles que se ennegrecían y las distancias de color violeta oscuro. El verde resplandeciente era lo suficientemente profundo como para distinguir en puntos de cristal una o dos estrellas. Todo lo que quedaba de la luz del día se extendía en un brillo dorado por el borde de Hampstead y esa popular hon-

donada que se llama el Valle de la Salud. Los veraneantes que recorren esta región no se habían dispersado del todo; unas cuantas parejas estaban sentadas sin forma en los bancos; y aquí y allá una niña lejana todavía chillaba en uno de los columpios. La gloria del cielo se profundizaba y oscurecía en torno a la sublime vulgaridad del hombre; y de pie en la ladera y mirando a través del valle, Valentin contempló lo que buscaba.

Entre los grupos negros y quebradizos en aquella distancia había uno especialmente negro que no se separaba: un grupo de dos figuras vestidas de forma clerical. Aunque parecían tan pequeñas como los insectos, Valentin pudo ver que una de ellas era mucho más pequeña que la otra. Aunque el otro tenía la inclinación de un estudiante y unas maneras discretas, pudo ver que el hombre medía bastante más de dos metros. Cerró los dientes y avanzó, haciendo girar su bastón con impaciencia. Para cuando hubo disminuido sustancialmente la distancia y ampliado las dos figuras negras como en un vasto microscopio, percibió algo más; algo que le sobresaltó y que, sin embargo, había esperado de algún modo. Fuera quien fuera el sacerdote alto, no cabía duda de la identidad del bajo. Era su amigo del tren de Harwich, el pequeño y rechoncho cura de Essex a quien había advertido sobre sus paquetes de papel marrón.

Ahora, en lo que respecta a esto, todo encajaba finalmente y de forma bastante racional. Valentin se había enterado por sus averiguaciones de aquella mañana de que un padre Brown de Essex traía una cruz de plata con zafiros, una reliquia de considerable valor, para mostrarla a algunos de los sacerdotes extranjeros del congreso. Se trataba, sin duda, de la "plata con piedras azules"; y el padre Brown era, sin duda, el pequeño novato del tren. Ahora bien, no había nada de maravilloso en el hecho de que lo que Valentin había averiguado lo hubiera averiguado también Flambeau; Flambeau lo averiguaba todo. Tampoco había nada maravilloso en el hecho de que cuando Flambeau se enterara de la existencia de una cruz de zafiro intentara robarla; eso era lo más natural de toda la historia natural. Y ciertamente no había nada maravilloso en el hecho de que Flambeau se saliera con la suya con una especie de borrego tonto como el hombre del paraguas y los paquetes. Era el tipo de hombre al que cualquiera podría llevar de la mano hasta el Polo Norte; no era de extrañar que un actor como Flambeau, vestido de otro sacerdote, pudiera llevarlo hasta Hampstead Heath. Hasta aquí el crimen parecía bastante claro; y mientras el detective se compadecía del sacer-

dote por su impotencia, casi despreciaba a Flambeau por condescender con una víctima tan crédula. Pero cuando Valentin pensó en todo lo que había sucedido entre medias, en todo lo que le había llevado a su triunfo, se devanó los sesos buscando la más mínima rima o razón en ello. ¿Qué tenía que ver el robo de una cruz azul y plateada a un cura de Essex con el hecho de arrojar sopa al papel pintado? ¿Qué tenía que ver con llamar naranjas a las nueces, o con pagar las ventanas primero y romperlas después? Había llegado al final de su persecución; sin embargo, de alguna manera se había perdido la mitad de la misma. Cuando fallaba (lo cual era raro), normalmente había captado la pista, pero sin embargo había perdido al criminal. En este caso había captado al delincuente, pero seguía sin poder captar la pista.

Las dos figuras que seguían se movían como moscas negras por el enorme contorno verde de una colina. Evidentemente estaban sumidos en una conversación, y tal vez no se daban cuenta de por dónde iban; pero sin duda se dirigían a las alturas más salvajes y silenciosas de Heath. A medida que sus perseguidores se acercaban a ellos, éstos tuvieron que recurrir a las actitudes poco dignas del acecho de los ciervos, para agacharse detrás de los grupos de árboles e incluso arrastrarse postrados en la hierba profunda. Mediante estas desgarradas ingenuidades, los cazadores llegaron incluso a acercarse lo suficiente a la presa como para escuchar el murmullo de la discusión, pero no se podía distinguir más palabra que la de "razón", que se repetía con frecuencia en una voz alta y casi infantil. Una vez superado un abrupto desnivel del terreno y una densa maraña de matorrales, los detectives perdieron realmente a las dos figuras que seguían. No volvieron a encontrar el rastro hasta pasados diez minutos, cuando éste se dirigió hacia la cima de una gran cúpula que dominaba un anfiteatro de ricos y desolados paisajes al atardecer. Debajo de un árbol, en este lugar dominante pero descuidado, había un viejo y destartado asiento de madera. En este asiento estaban sentados los dos sacerdotes que seguían hablando seriamente. El magnífico verde y el oro seguían aferrados al horizonte que se oscurecía; pero la cúpula de arriba se estaba convirtiendo lentamente de verde pavo real a azul pavo real, y las estrellas se destacaban cada vez más como joyas sólidas. Haciendo un gesto mudo a sus seguidores, Valentin se las arregló para arrastrarse detrás del gran árbol ramificado, y, de pie allí, en un silencio sepulcral, escuchó por primera vez las palabras de los extraños sacerdotes.

Después de haber escuchado durante un minuto y medio, le asaltó una duda diabólica. Tal vez había arrastrado a los dos policías ingleses a los desiertos de un páramo nocturno con una misión no más sensata que la de buscar higos en sus cardos. Porque los dos sacerdotes estaban hablando exactamente como sacerdotes, con piedad, con aprendizaje y ocio, sobre los más aéreos enigmas de la teología. El pequeño cura de Essex hablaba con más sencillez, con su cara redonda vuelta hacia las estrellas que se fortalecen; el otro hablaba con la cabeza inclinada, como si no fuera digno de miraras. Pero no se podría haber escuchado una conversación más inocentemente clerical en ningún blanco claustro italiano o negra catedral española.

Lo primero que escuchó fue la parte final de una de las frases del padre Brown, que terminaba: "... lo que realmente querían decir en la Edad Media con que los cielos eran incorruptibles".

El sacerdote más alto asintió con la cabeza inclinada y dijo:

"Ah, sí, estos infieles modernos apelan a su razón; pero ¿quién puede mirar esos millones de mundos y no sentir que bien puede haber universos maravillosos por encima de nosotros en los que la razón es totalmente irracional?"

"No", dijo el otro sacerdote; "la razón es siempre razonable, incluso en el último limbo, en la frontera perdida de las cosas. Sé que la gente acusa a la Iglesia de rebajar la razón, pero es justo al revés. Solo en la tierra, la Iglesia hace que la razón sea realmente suprema. Solo en la tierra, la Iglesia afirma que Dios mismo está ligado a la razón".

El otro sacerdote levantó su rostro austero hacia el cielo de las luces y dijo:

"Sin embargo, ¿quién sabe si en ese universo infinito...?"

"Sólo infinito físicamente", dijo el pequeño sacerdote, girando brusca- mente en su asiento, "no infinito en el sentido de escapar a las leyes de la verdad".

Valentin, detrás de su árbol, se rasgaba las uñas con silenciosa furia. Casi le parecía oír las risitas de los detectives ingleses a los que había traído hasta aquí en una fantástica conjetura sólo para escuchar los chismes metafísicos de dos viejos y apacibles párrocos. En su impaciencia perdió la respues-

ta igualmente elaborada del alto clérigo, y cuando volvió a escuchar era de nuevo el padre Brown quien hablaba:

"La razón y la justicia agarran la estrella más remota y solitaria. Mira esas estrellas. ¿No parecen como si fueran diamantes y zafiros individuales? Pues bien, puedes imaginar cualquier locura botánica o geológica que te plazca. Piensa en bosques de adamante con hojas de brillantes. Piensa que la luna es una luna azul, un único zafiro elefantino. Pero no pienses que toda esa frenética astronomía supondría la menor diferencia para la razón y la justicia de la conducta. En las llanuras de ópalo, bajo los acantilados recortados de perlas, seguiríais encontrando un tablón de anuncios: "No robarás"

Valentin estaba a punto de levantarse de su actitud rígida y agazapada y alejarse con la mayor suavidad posible, abatido por la única gran locura de su vida. Pero algo en el propio silencio del alto sacerdote le hizo detenerse hasta que éste habló. Cuando por fin habló, dijo simplemente, con la cabeza inclinada y las manos sobre las rodillas:

"Bueno, creo que otros mundos tal vez se eleven más allá de nuestra razón. El misterio del cielo es insondable, y por mi parte sólo puedo inclinar la cabeza".

Luego, con el ceño aún inclinado y sin cambiar ni un ápice su actitud ni su voz, añadió

"Entrega esa cruz de zafiro que tienes, ¿quieres? Estamos solos aquí, y podría hacerte pedazos como a un muñeco de paja".

La voz y la actitud totalmente inalteradas añadieron una extraña violencia a aquel chocante cambio de discurso. Pero el guardián de la reliquia sólo pareció girar la cabeza por la mínima sección del compás. Parecía tener todavía un rostro algo tonto vuelto hacia las estrellas. Tal vez no había entendido. O, tal vez, había entendido y se había quedado rígido de terror.

"Sí", dijo el alto sacerdote, en la misma voz baja y en la misma postura inmóvil, "sí, soy Flambeau".

Luego, tras una pausa, dijo:

"Vamos, ¿me darás esa cruz?"

"No", dijo el otro, y el monosílabo tenía un sonido extraño.

Flambeau se desprendió de repente de todas sus pretensiones pontificales. El gran ladrón se echó hacia atrás en su asiento y soltó una risa baja pero larga.

"No", gritó, "no me lo darás, orgulloso prelado. No me lo darás, pequeño simplón célibe. ¿Debo decirte por qué no me lo darás? Porque ya lo tengo en mi propio bolsillo".

El pequeño hombre de Essex giró lo que parecía un rostro aturdido en el crepúsculo, y dijo, con la tímida avidez de "El Secretario Privado":

"¿Está usted seguro?"

Flambeau gritó de alegría.

"Realmente, eres tan bueno como una obra de teatro de tres actos", gritó. "Sí, chiflado, estoy muy seguro. Tuve el sentido común de hacer un duplicado del paquete correcto, y ahora, amigo mío, tú tienes el duplicado y yo las joyas. Una vieja treta, padre Brown, una treta muy vieja".

"Sí", dijo el padre Brown, y se pasó la mano por el pelo con la misma extraña vaguedad de maneras. "Sí, he oído hablar de ello antes".

El coloso del crimen se inclinó hacia el pequeño sacerdote rústico con una especie de interés repentino.

"¿Ha oído hablar de él?", preguntó. "¿Dónde ha oído hablar de ello?"

"Bueno, no debo decirle su nombre, por supuesto", dijo el hombrecillo con sencillez. "Era un penitente, ya sabes. Había vivido prósperamente durante unos veinte años enteramente de duplicados de paquetes de papel de estraza. Y así, ya ves, cuando empecé a sospechar de ti, pensé en la forma de hacerlo de este pobre tipo de inmediato."

"¿Empezó a sospechar de mí?", repitió el forajido con mayor intensidad. "¿Realmente tuviste el valor de sospechar de mí sólo porque te traje a esta parte desnuda del brezal?"

"No, no", dijo Brown con aire de disculpa. "Verás, sospeché de ti cuando nos conocimos. Es esa pequeña protuberancia en la manga donde ustedes tienen el brazalete de púas (una insignia criminal)".

"¿Cómo en el Tártaro", gritó Flambeau, "has oído hablar del brazalete de púas?"

"¡Oh, el pequeño rebaño de uno, ya sabes!", dijo el padre Brown, arqueando las cejas de forma bastante inexpresiva. "Cuando era coadjutor en Hartlepool, había tres de ellos con brazaletes de pinchos. Así que, como sospeché de ti desde el principio, no ves, me aseguré de que la cruz fuera segura, de todos modos. Me temo que te observé, sabes. Así que al final te vi cambiar los paquetes. Entonces, no ve, los cambié de nuevo. Y luego me dejé el correcto".

"¿Lo dejaste atrás?", repitió Flambeau, y por primera vez hubo otra nota en su voz además de su triunfo.

"Bueno, fue así", dijo el pequeño sacerdote, hablando de la misma manera sin afectación. "Volví a esa tienda de dulces y pregunté si había dejado un paquete, y les di una dirección concreta por si aparecía. Sabía que no lo había hecho, pero cuando volví a salir lo hice. Así que, en lugar de correr tras de mí con ese valioso paquete, lo han enviado volando a un amigo mío en Westminster". Luego añadió con cierta tristeza: "Eso también lo aprendí de un pobre tipo de Hartlepool. Solía hacerlo con bolsos que robaba en las estaciones de tren, pero ahora está en un monasterio. Oh, uno llega a saber, ya sabes", añadió, frotándose de nuevo la cabeza con la misma especie de disculpa desesperada. "No podemos evitar ser sacerdotes. La gente viene y nos cuenta estas cosas".

Flambeau sacó un paquete de papel marrón de su bolsillo interior y lo rompió en pedazos. En su interior no había más que papel y palos de plomo. Se puso en pie con un gesto gigantesco y gritó:

"No te creo. No creo que un patán como tú pueda hacer todo eso. Creo que todavía tienes el botín, y si no lo entregas... ¡estamos solos y lo tomaré por la fuerza!"

"No", dijo simplemente el padre Brown, y se puso de pie también, "no lo tomarás por la fuerza. Primero, porque realmente no lo tengo todavía. Y, segundo, porque no estamos solos".

Flambeau se detuvo en su paso hacia adelante.

"Detrás de ese árbol", dijo el padre Brown, señalando, "hay dos fuertes policías y el mejor detective vivo. ¿Cómo han llegado hasta aquí? Yo los traje, por supuesto. ¿Cómo lo hice? Se lo diré si quiere. ¡Dios te bendiga, tenemos que saber veinte cosas así cuando trabajamos entre las clases cri-

minales! Bueno, no estaba seguro de que fueras un ladrón, y nunca sería bueno hacer un escándalo contra uno de nuestros propios clérigos. Así que te puse a prueba para ver si algo te hacía aparecer. Un hombre generalmente hace una pequeña escena si encuentra sal en su café; si no la encuentra, tiene alguna razón para callarse. He cambiado la sal y el azúcar, y te has quedado callado. Un hombre suele objetar si su cuenta es tres veces mayor. Si la paga, tiene algún motivo para pasar desapercibido. Le cambié la factura y la pagó".

El mundo parecía esperar que Flambeau saltara como un tigre. Pero fue retenido como por un hechizo; estaba aturdido con la mayor curiosidad.

"Bueno", prosiguió el padre Brown, con una lucidez torpe, "como no querías dejar ninguna pista para la policía, por supuesto que alguien tenía que hacerlo. En todos los lugares a los que íbamos, me encargaba de hacer algo que hiciera que se hablara de nosotros durante el resto del día. No hice mucho daño: una pared salpicada, manzanas derramadas, una ventana rota; pero salvé la cruz, como siempre se salvará la cruz. Ahora está en Westminster. Me sorprende que no la detuvieras con el Donkey's Whistle".

"¿Con el qué?", preguntó Flambeau.

"Me alegro de que nunca hayas oído hablar de él", dijo el sacerdote, haciendo una mueca. "Es una cosa repugnante. Estoy seguro de que es usted un hombre demasiado bueno para un Whistler. Yo mismo no habría podido contrarrestarlo ni siquiera con los Spots; no soy lo suficientemente fuerte de piernas".

"¿De qué diablos estás hablando?", preguntó el otro.

"Bueno, pensé que conocerías los Spots", dijo el padre Brown, agradablemente sorprendido. "¡Oh, no puedes haberte equivocado tanto todavía!"

"¿Cómo diablos sabes todos estos horrores?", gritó Flambeau.

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro redondo y sencillo de su clérigo oponente.

"Oh, por ser un simple célibe, supongo", dijo. "¿Nunca se le ha ocurrido que un hombre que no hace más que oír los verdaderos pecados de los hombres no es probable que desconozca por completo la maldad humana? Pero,

de hecho, otra parte de mi oficio también me hizo estar seguro de que no eras un sacerdote".

"¿Qué?", preguntó el ladrón, casi boquiabierto.

"Atacaste la razón", dijo el padre Brown. "Es mala teología".

Y mientras se daba la vuelta para recoger su propiedad, los tres policías salieron de debajo de los árboles crepusculares. Flambeau era un artista y un deportista. Dio un paso atrás y le hizo una gran reverencia a Valentin.

"No te inclines ante mí, mon ami", dijo Valentin con una claridad propia de la plata. "Inclinémonos los dos ante nuestro maestro".

Y los dos se quedaron un instante al descubierto mientras el pequeño sacerdote de Essex parpadeaba buscando su paraguas.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**